

Capítulo 1

ALGO DIFERENTE

Atria miraba una y otra vez el reloj de pared. Todavía quedaba un cuarto de hora para que la clase terminara y los minutos parecían no avanzar.

Era el último día de colegio antes de las vacaciones, y la profesora seguía dando materia. Seguramente en otras aulas ya habrían terminado de celebrar el fin de curso y les habrían dado permiso para marcharse antes a casa.

La chica bostezó, aburrida.

Un avión de papel sobrevoló la cabeza de la profesora y aterrizó en su abultado y pomposo peinado.

—¡Ya está bien! —Dio una sonora palmada.

Todos temieron lo peor. La señorita Tempos parecía capaz de poner un castigo de última hora o un suspenso general.

Sin embargo, la profesora, después de respirar profundamente, dijo:

—Dejad de copiar de la pizarra y cerrad vuestros cuadernos.

Plof, plas, pluf. Obedecieron.

—Este último cuarto de hora, haremos algo diferente. —Los miró por encima de sus gafas y dijo—: Os contaré una leyenda.

Atria apoyó los codos sobre su pupitre y sonrió. Si había algo que le gustaba era escuchar una buena historia.

—Se titula la leyenda del Cofre de Luz —anunció la profesora.

Luego, hizo a un lado su enorme carpeta y se sentó en el borde de su mesa.

—Cuenta la leyenda que un día, y no se sabe muy bien cómo, los Nargot aparecieron a los pies de la Montaña Azul con la intención de quedarse para siempre.

—¡Un momento, profe! —Un alumno señaló con el dedo hacia la ventana—. ¿Se refiere a la Montaña Azul de nuestro pueblo?

—La misma —asintió la profesora y continuó—: Se dice que los Nargot eran gentes tranquilas y silenciosas, que vivían en armonía con la naturaleza. Se dedicaban a tareas sencillas: al campo, al ganado, a contemplar, con respeto, el paso de las estaciones. Hasta que, entre sus cultivos, encontraron un tesoro milenario.

La profesora hizo una pausa para beber agua de su botella y continuó:

—El tesoro estaba dentro de un cofre, en cuya tapa podía leerse una advertencia: «Este tesoro debe mantenerse siempre completo». De modo que quien cogiera una sola de sus joyas o metiera en sus bolsillos una de sus monedas corría el riesgo de olvidar, poco a poco, quién era. Tal y como hace la avaricia.

Un murmullo general se oyó en el aula, hasta que alguien levantó la mano.

—¿Y por qué la avaricia hace que olvides quién eres? —dijo una chica, confundida.

—A ver, ¿a alguien se le ocurre por qué puede pasar? —preguntó la profesora.

En la primera fila, una chica levantó la mano.

—Pues porque la avaricia hace que te midas por lo que tienes, no por lo que eres. Y como siempre estás pensando en el tesoro, es como si no tuvieras espacio en la mente para otra cosa. Y te olvidas de las personas y de ti misma.

—¡Ajá! —asintió la profesora, y continuó—: Pues sucedió que la noticia del tesoro corrió de boca en boca y llegó hasta los habitantes de las Tierras Oscuras, que no tardaron en surcar los mares, movidos por el deseo de acumular para sí toda la riqueza del cofre.

La mujer hizo una breve pausa para mirar el reloj.

—Arrasaron el poblado de los Nargot que, obligados a escapar, dejaron atrás sus casas, con sus tejados en llamas, y sus ilusiones hechas cenizas.

La profesora se levantó de su mesa y comenzó a caminar entre los pupitres.

—Y se cuenta que, a la mañana siguiente, mientras de la tierra quemada todavía brotaban hilos de humo, una joven y valiente Nargot salía de entre las ruinas y se adentraba en lo profundo del bosque. Llevaba un cofre en sus manos y una misión en su corazón. Nunca se la vio regresar.

—¡Oh, qué mal! ¿Qué le pasó? —preguntó alguien.

Otro, desde la última fila, increpó:

—¡Buah! Qué le va a pasar: ¡nada! Esto solo es un cuento y nunca existió esa chica.

—Es verdad que hay quienes piensan que los Nargot nunca existieron, que la muchacha y el cofre son pura invención —comentó la profesora—. Sin embargo, hay quien asegura que el cofre perdido todavía busca ser encontrado. Y que una vez al año emite una luz tan brillante como la del sol para atraer hacia sí a quien debe protegerlo. Igual que, en su día, guio a los Nargot.

Riiiiiiiiiiiiing

Nada más escuchar el timbre, los alumnos se levantaron de golpe, como si la silla les quemara, y abandonaron el aula igual que una estampida de búfalos.

La profesora entonces elevó más la voz.

—Y esta leyenda nos recuerda que no hay que caer en la avaricia ante las cosas materiales. —Se dirigió a los pocos que aún permanecían en clase—. En fin, os deseo que estas vacaciones disfrutéis de vuestra familia y amigos, porque las personas que queremos son el verdadero tesoro. ¡Feliz verano!

Dicho esto, la señorita Tempos recogió su bolso y su enorme carpeta, y salió del aula cerrando la puerta tras de sí. Pero, para entonces, la puerta de la imaginación de Atria se había abierto de par y par, y la chica seguía sentada en su sitio, pensando en la leyenda, en los Nargot, en el cofre..., en la brillante luz que una vez al año buscaba protección...

Le parecía fascinante que todo eso hubiera podido pasar ahí mismo, en su pueblo, a los pies de su querida Montaña Azul. Aunque, tal vez, toda esa historia solo fuera un cuento.

—¿Te vienes? —Su amiga Lola la zarandéo tocándole el hombro—. ¿O piensas quedarte aquí sentada esperando a que empiece el curso siguiente?

—¡Pobre Atria! ¿cómo va a esperar aquí casi tres meses? —dijo Marta inocentemente y se empujó las gafas.



JUNIO

L	M	M	J	V	S	D
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

—Sería en vano —habló entonces Carla, y señaló hacia la ventana—. Cuando empecemos Primero de ESO tendremos que ir al otro edificio.

Atria sonrió. Sus tres amigas eran capaces de estar hablando de lo mismo durante todo el camino a casa. Ella, muchas veces, solo las escuchaba, pero ese día tenía algo importante que decirles y enseguida las interrumpió.